

ESTADO Y SOCIEDAD EN LA RUSIA DEL PRIMER CUARTO DEL SIGLO XIX

ANASTASSIA ESPINEL SQUAREZ¹

*La cultura Rusa no es una cultura europea,
tampoco asiática y tampoco una simple combinación de
elementos occidentales y orientales.*

"Declaración Euroasiática", 1926.

*Extendidos entre dos grandes mundos Oriente y
Occidente deberíamos saber aprovecharnos de ambos
principios de la naturaleza espiritual – la razón y la
imaginación – y apropiarnos de los logros históricos de
todas las civilizaciones del mundo.*

Sin embargo, la providencia no quiso otorgarnos este papel.

P. Chaadàev, pensador Ruso del s. XIX.

En la historiografía latinoamericana hay un número muy reducido de investigaciones dedicadas a los problemas del desarrollo político, económico y social de Rusia antes del siglo XX. Mientras tanto, las raíces de la Revolución de Octubre y otros cataclismos grandiosos de nuestro siglo en su mayoría se remontan a aquella época turbulenta que resultaron para la sociedad Rusa los siglos XVIII y sobre todo XIX.

La experiencia Rusa debe presentar cierto interés para un lector hispanohablante no solo a causa del papel tan importante que juega Rusia en la historia contemporánea, sino también por una notable semejanza en el desarrollo histórico del mundo Ruso e Iberoamericano: la situación geográfica en los extremos de Europa, el yugo tártaro-mongol en Rusia y el dominio musulmán en la Península Ibérica, el aislamiento relativamente largo del resto de la civilización occidental, la liberación casi simultánea (en el siglo

¹ Profesora. Universidad Industrial de Santander.

XV) de la opresión foránea seguida por una activa expansión territorial que permitió a estas dos culturas ampliar considerablemente sus fronteras y penetrar en el caso ibérico al continente Americano y en el ruso – a Siberia, Transcaucasia y Asia Central; el desarrollo bastante tardío del capitalismo, su carácter dependiente y un notable atraso respecto a las potencias europeas en el siglo XIX; revoluciones, guerras civiles, regímenes autoritarios y, finalmente, un camino espinoso hacia la democratización en el siglo XX:

Por su situación geográfica y estructura étnica, Rusia reúne en sí a Europa y Asia, por eso con frecuencia la denominan Mundo Mediano o Mundo Euroasiático, subrayando su posición en el empalme entre Oriente y Occidente. Precisamente por eso el orientalismo y el occidentalismo tuvieron una influencia muy importante en la vida socioeconómica, el sistema estatal y la cultura espiritual de Rusia; al mismo tiempo, ninguna de estas bases tuvo dominancia absoluta ya que cada corriente tuvo su predominio en una época determinada.

El estado mas antiguo de los eslavos orientales – Rus de Kíev (s.s. IX–XI) – se desarrolló por un esquema similar a la mayoría de estados europeos de la Edad Media Temprana, mientras que el yugo tártaro-mongol (s.s. XIII – XV) le dio un viraje a Rusia hacia el oriente. Después de la liberación el estado Ruso conservó numerosos rasgos del despotismo oriental; según el historiador ruso P. N. Miliukov, “muchas de las instituciones establecidas por los zares moscovitas, eran típicas de los emperadores bizantinos, califas árabes y sultanes turcos... Por otra parte, las normas feudales, muy similares a las eurooccidentales, jugaban en Rusia un papel mucho mas importante de lo que pueda parecer a primera vista”². En la segunda mitad del s. XVII se emprendieron los primeros intentos de recurrir a la experiencia occidental; la culminación de este proceso fue, sin duda, la época de Pedro I el Grande (gobernó entre 1689 y 1725) quien asestó al tradicionalismo ruso un golpe irremediable. Realizó una transformación radical de las costumbres seculares y normas de comportamiento, una subordinación estricta de la iglesia al estado, una activa y multifacética protección de la industria y el comercio nacional, una creciente preocupación del estado por la educación de amplias capas sociales; ningún otro país europeo conoció un programa de reformas tan radicales realizado desde arriba.

² Miliukov P.N. *Los principios europeos y euroasiáticos en la historia Rusa*. Moscú, 1997, p. 286 (en ruso).

Sin embargo, las reformas de Pedro el Grande no contribuyeron a la democratización del ambiente político, sino por el contrario agudizaron aún más las contradicciones entre el Estado y la sociedad. El Estado una vez más confirmó su papel de catalizador del progreso y la sociedad de un material pasivo para experimentos históricos. La occidentalización afectó profundamente solo la élite rusa, mientras que el pueblo seguía viviendo como sus antepasados hace casi mil años. Luchando contra el tradicionalismo y la rutina medieval, el absolutismo ilustrado ruso fortaleció su base fundamental, la servidumbre de gleba. Como resultado surgió una situación muy específica: el pico de la servidumbre en Rusia coincidió con la época de un grandioso salto histórico en el camino hacia la superación del atraso respecto a los demás países europeos. Precisamente por eso las reformas se desarrollaban en dos direcciones completamente contrarias, lo que era evidente tanto en los tiempos de Pedro I, como de sus sucesoras – Isabel (1741 – 1761) y sobre todo Catalina II la Grande (1762 – 1796), quienes continuaron la modernización del país basándose en el absolutismo y la servidumbre. Precisamente esto determinó en una gran parte muchas de las contradicciones del desarrollo de Rusia en el siglo XIX.

El primer cuarto del siglo de XIX en Rusia era la época de Alejandro I, nieto de Catalina II la Grande e hijo mayor de Pablo I. Nació en 1777 y desde su niñez se vio obligado a adaptarse a la corte de su abuela simpatizante con las ideas de la Ilustración, y al mismo tiempo a las costumbres severas de su padre, un gran admirador del espíritu prusiano. El joven príncipe debería tener, según V.O. Kliuchevski, “dos almas, dos conciencias, dos apariencias”³. Alejandro dominaba a la perfección el arte de gustar a todos, ganar la confianza de su interlocutor pero al mismo tiempo no confiaba en nadie y jamás dejaba al descubierto sus verdaderas intenciones. Después de conocer al emperador ruso, el mismo Napoleón Bonaparte emitió sobre Alejandro I el siguiente concepto: “Es un hombre muy inteligente, refinado y educado, es encantador pero no le tengo confianza ya que es todo un bizantino de la época de la decadencia –ágil, astuto y fingido-”.

Alejandro I subió al trono en 1801, después del asesinato de Pablo I. Aunque el joven príncipe sabía de las intenciones de los conspiradores para destronar a su padre, dio su aprobación sólo después de recibir el

³ Kliuchevski V.O. *Conferencias sobre la historia Rusa, dictadas en los Cursos Superiores Femeninos en Moscú en 1872-1875*. Moscú, 1997, p. 499. (en ruso).

juramento de no privarle de la vida al emperador. La trágica muerte de Pablo I (estrangulado en su propia alcoba) no solo convirtió a Alejandro en un cómplice forzado de este horroroso crimen que lo hizo sufrir el resto de su vida, sino también le mostró su propio desamparo ante un nuevo golpe de Estado que en aquellos tiempos turbulentos era un fenómeno bastante común. Estas circunstancias dejaron su huella en toda la política del nuevo zar: actuó como un líder prudente, flexible, clarividente y muy cauteloso en todas sus reformas.

En su Manifiesto de entronización Alejandro I declaró que gobernaría de acuerdo con los legados de su abuela Catalina la Grande y sometió a una fuerte crítica el prusianismo y el conservatismo de su padre. Los primeros pasos concretos del nuevo gobierno justificaron las esperanzas de la nobleza liberal. Fue otorgada la amnistía a todos los presos políticos encarcelados por orden de Pablo I, fueron abolidas todas las restricciones para las imprentas privadas y el control sobre la importación de libros editados en el extranjero, se suprimió la Expedición Secreta (la policía política). Al mismo tiempo, al ganar el apoyo de la guardia, el emperador rechazó el punto clave del programa de los conspiradores – una Constitución bastante moderada que limitaría el absolutismo y en su lugar, el 30 de marzo de 1801 fue aprobada la ley sobre la creación del Consejo Indispensable, conformado inicialmente por 12 miembros, entre los cuales se encontraban participantes de la conspiración contra Pablo I, representantes de la élite aristocrática y burocrática. Este órgano consultativo tenía el derecho a elaborar y presentar al zar sus propios proyectos de ley, pero “no poseía ninguna fuerza real”⁴. Dicho consejo no jugó ningún papel práctico en la vida política y su creación fue nada más que una ágil maniobra de Alejandro I con el fin de no provocar el descontento de los asesinos de su padre.

Mucho más importante y eficiente resultó el trabajo del así llamado Comité Secreto (o Intimo), conformado por los jóvenes amigos del zar, un grupo de políticos de la nueva generación que no estuvieron involucrados en las intrigas del gobierno anterior ni tampoco en la conspiración: Pável Stròganov el primer miembro ruso del Club de los jacobinos en París, su primo Nicolás Novosiltzev un gran enciclopedista e insuperable por sus capacidades administrativas, Víctor Kochubey, quien a los 30 años ya ocupaba el cargo de vicescanciller, y finalmente el príncipe polaco Adam Chartoryiski

⁴ Zuev, M.N. *Historia de Rusia*. Moscú, 1998, p.200.

quien según concepto de sus contemporáneos era “honesto, insobornable y noble”⁵. El Comité Secreto no era un órgano oficial, sus sesiones se celebraban en la residencia del zar en el Palacio de Invierno y, como consecuencia, no se levantaban actas oficiales sobre sus actividades. Solo gracias a los apuntes personales de P. Stróganov fue posible apreciar la magnitud del papel que jugó dicha organización en las reformas de Alejandro I.

La principal tarea del Comité era “transformar aquel edificio horroroso de la administración estatal rusa”. A pesar de sus ideas liberales, todos los “jóvenes amigos” del emperador creían en la posibilidad de reformar el sistema estatal a base de un absolutismo ilimitado. La sociedad rusa, según opinaba Alejandro I, aún no estaba preparada para los cambios radicales y precisamente por eso todas las reformas tenían que ser pacíficas, paulatinas y realizadas bajo un estricto control personal del monarca. Los principales problemas que se discutían en las sesiones del Comité Intimo eran las reformas del aparato estatal, de la educación y del estatuto del campesinado.

Después de varias sesiones del Comité, el 8 de Septiembre de 1802 fue aprobada la ley sobre la reforma de los órganos del poder supremo.

El sistema de colegios departamentales, introducido en Rusia por Pedro I, fue bastante eficiente para el siglo XVIII, pero se tornó anticuado para el siglo XIX con sus ritmos de desarrollo mucho más acelerados. En lugar de colegios fueron instituidos los ministerios – de asuntos internos, de asuntos exteriores, militar, naval, comercial, de finanzas, de educación y de justicia, también se instituyó la Tesorería Nacional con los derechos de un ministerio. Los ministros tenían una alta responsabilidad, sin embargo el Comité de Ministros era un órgano de carácter exclusivamente consultativo; su creación fortalecía el mando único en la administración estatal y poco a poco fue suplantando los acuerdos colegiales.

El gobierno de Alejandro I también realizó toda una serie de reformas en la esfera de la educación. Todo el país fue dividido en seis distritos docentes encabezados por inspectores que controlaban el trabajo de todos los centros de enseñanza por medio de revistas de control; surgieron diversos colegios distritales, liceos provinciales y tres nuevas universidades en Derpt, Járkov

⁵ Idem. , p. 200.

y Kazan. Dichas medidas contribuyeron a la formación del sistema de la educación pública y a la rápida penetración entre las masas de ideas liberales. Precisamente en la época de Alejandro I nace el liberalismo revolucionario ruso.

En la esfera del problema campesino, Alejandro I mostró una prudencia extrema, con el fin de “evitar el descontento de la nobleza y las esperanzas demasiado grandes entre el pueblo”⁶. Para comprender esta preocupación del zar, hay que analizar la estructura social de Rusia en los comienzos del s. XIX. Según el censo de 1801, de los 37 millones de habitantes de Rusia y sus dominios, solo el 8,4% era población urbana, es decir, más del 90% de los súbditos de la corona rusa vivían en el campo. Aunque para el año 1825 la población creció hasta los 53 millones, su estructura interna no sufrió grandes cambios; la urbanización fue un proceso lento a causa de la coyuntura económica y la creciente colonización de nuevas tierras, tales como las estepas de Ucrania Meridional, Crimea, el Bajo Volga, Norte del Cáucaso, Siberia, Lejano Oriente y Alaska, básicamente por colonos rurales⁷.

El estrato privilegiado de la sociedad rusa —la nobleza— contaba con 225 mil personas, es decir, solo el 0,5% de toda la población. Sin embargo, este pequeño grupo tradicionalmente ocupaba todos los cargos importantes en la administración estatal, concentraba en sus manos la mayor parte de la riqueza nacional y siempre estaba dispuesto a oponer una resistencia tenaz a cualquier intento de quebrantar su posición privilegiada.

Los campesinos oficialmente se dividían en 3 grupos principales, el más grande de los cuales eran los campesinos señoriales o propiamente siervos de gleba (60% de todo el campesinado ruso) que se encontraban en dependencia personal de los terratenientes y eran sometidos a las más crueles y humillantes formas de explotación. Los campesinos señoriales se concentraban principalmente en las provincias centrales (en las famosas “tierras negras” de Kursk, Orel y Voronezh, en la región de Moscú y en el Medio Volga), mientras que en las provincias fronterizas meridionales y septentrionales, su número era muy insignificante. La servidumbre de gleba como tal no pudo penetrar a Siberia, Lejano Oriente y Alaska.

⁶ Idem, p. 201.

⁷ Hachaturian, V.M. *Los caminos triunfales del capitalismo: Europa, Rusia, Norteamérica*. Moscú, 1997, pp.302-303. (en ruso).

Un segundo grupo lo conformaban los campesinos estatales; oficialmente se consideraban “libres habitantes rurales” y aunque no eran los verdaderos propietarios de las parcelas que formalmente pertenecían a la corona, su dependencia del Estado se limitaba al pago de un tributo anual. Precisamente dentro de este grupo del campesinado ruso se dio con mayor rapidez la destrucción de antiguos principios patriarcales, el surgimiento de una élite rural (los kulaks) y el desarrollo de relaciones monetarias, ya que con frecuencia los campesinos enriquecidos, sin tener derechos jurídicos a realizar operaciones de compraventa, adquirían a través de personas ficticias grandes terrenos o realizaban inversiones en el comercio y la industria.

Una posición intermedia entre los dos grupos anteriores ocupaban los campesinos que pertenecían a la familia real (aproximadamente 500 mil en 27 provincias). Un grupo bastante privilegiado de la población rural lo conformaban los cosacos – agricultores libres de todos los impuestos, una especie de guardia fronteriza y un verdadero apoyo para el gobierno en las tierras recién anexadas.

Tratando de evitar tanto el roce con la aristocracia, como las rebeliones campesinas, el 20 de febrero de 1803 el gobierno aprobó la ley “Sobre los labradores libres”, en la cual, según Kliuchevski, “por primera vez en la historia rusa se manifestó una verdadera intención oficial de abolir la servidumbre”⁸. La ley otorgaba a los campesinos el derecho a adquirir la libertad por un determinado rescate; pero en realidad tenía un significado más ideológico que práctico, pues durante todo el período del reinado de Alejandro I, a esta categoría de “labradores libres” pasó solo el 0,5% de todos los siervos. Hay que anotar que los cambios radicales se dieron solo en la parte occidental del país – en las provincias Bálticas y Finlandia, donde entre 1816-1819 la servidumbre de gleba prácticamente dejó de existir. Tales marcos geográficos de la reforma campesina se explican sobre todo por la intención de Alejandro I de crear en Europa Occidental la imagen de una Rusia liberal.

En términos generales, las reformas de los primeros años de Alejandro I tenían un carácter limitado, pero lograron un objetivo muy importante, asegurando la posición del joven zar como de un monarca absoluto. Precisamente por esto el comité Intimo comenzó a perder su

⁸ Kliuchevski, V.O. Op. cit., p.257.

importancia y en el escenario político ruso aparecen nuevas figuras interesantes, la más destacada de las cuales fue, sin duda, Mijaíl Speranski (1772-1839). Este hombre de vasta cultura y una increíble capacidad laboral, preparó, por encargo del mismo emperador, para el año 1809, un plan de reformas radicales, programa que tituló "Introducción en la legislación estatal" donde proponía crear órganos representativos en todos los niveles del poder, proclamaba la igualdad de todos los estratos ante la ley y la división del poder en legislativo, ejecutivo y judicial. Siendo un gran admirador del modelo eurooccidental, Speranski quería transformar a Rusia en una monarquía constitucional e introducir las bases iniciales de una verdadera sociedad civil, sin embargo, la realidad rusa no permitió poner en práctica todos los puntos de este programa. Un papel muy negativo jugaron también el miedo de Alejandro I ante las fuerzas conservadoras y la acentuación de relaciones exteriores. Tratando de salvar la situación, Alejandro I prácticamente sacrificó a Speranski, desterrándolo en marzo de 1812 a Nizhni Nóvgorod y luego aún más lejos, a Perm.

Los acontecimientos de los años 1812-1815 relegaron todos los problemas internos a un segundo plano, pues el país se vio ante una amenaza real de perder su soberanía nacional. Eran los tiempos del máximo poder de Napoleón; el enfrentamiento entre Rusia y Francia era inevitable. "Dentro de cinco años seré el dueño de todo el mundo – decía Napoleón en vísperas de la campaña Rusa -. Queda solo Rusia, pero la aplastaré".

Como se sabe, la guerra contra Rusia se convirtió en un verdadero "comienzo del fin" para la carrera política de Napoleón. Al triunfar en la guerra, Rusia no sufrió el humillante destino de otros países europeos, pero, al mismo tiempo, no sintió la influencia de las reformas liberales francesas. La guerra de 1812 y la posterior campaña europea del ejército ruso en 1813-1815 causaron un gran levantamiento patriótico en la sociedad y despertaron las esperanzas de democratización que jamás fueron realizadas. Los salvadores de Rusia, héroes de numerosas batallas en campos europeos, regresaban a su patria para caer nuevamente en la servidumbre. Otro pretexto para el crecimiento del descontento popular era la ruina económica causada por la guerra y la falta de voluntad por parte del gobierno de restablecer la economía. "Que Dios ayude a los campesinos, a nuestro pueblo fiel" – se dice en el manifiesto de 1814, dedicado a la victoria sobre Napoleón.

El pueblo engañado en sus esperanzas se alzó en una lucha abierta. Es así como en el período 1813-1820 en Rusia sucedieron más de 180 rebeliones campesinas, cuya principal exigencia era la abolición de la servidumbre. La más larga y encarnizada rebelión fue la sublevación de los campesinos del Don (1812-1820), en la cual participaron más de 45 mil campesinos y cuyo aplastamiento se hizo posible solo con la ayuda de tropas regulares.

Considerando el absolutismo como el factor principal de la consolidación nacional, Alejandro I trató de aprovechar el triunfo en la guerra para fortalecer su poder personal. Su política interna durante los años 1815-1825 se caracteriza por el desenfreno de la reacción y la reducción drástica de todas las reformas liberales. El ideólogo principal del nuevo rumbo político fue el jefe del Departamento militar Alexey Arakchéev (1769-1834) que partir de 1815 prácticamente dirigió toda la política interna del imperio. Con el fin de reorganizar el mantenimiento y el reclutamiento del ejército, se crea una amplia red de las así llamadas "colonias militares", donde los campesinos transferidos a la categoría de "colonos militares" tenían que simultanear el servicio militar con los trabajos del campo. De tal forma el gobierno quería rebajar el costo del ejército que en 1816 consumía la mitad del presupuesto estatal, sin necesidad de disminuir sus efectivos, ya que la situación internacional no lo permitía, pues continuaba bastante tensa, incluso después de la derrota de Napoleón. Se suponía que los "colonos militares" se autoabastecerían de alimentos y forraje y por medio de su incremento natural garantizarían el reclutamiento de nuevos soldados. Bajo la inspección personal de Arakchéev, distritos enteros fueron transformados en "colonias militares".

Al convertirse en "colonos militares", los campesinos formalmente se liberaban de la servidumbre, pero en realidad caían en una esclavitud aún peor. La vida cotidiana de un colono militar estaba estrictamente reglamentada; se le prohibían todos los oficios (comercio, artesanías, etc.) a excepción de los trabajos agrícolas y ejercicios militares e incluso cualquier contacto con el mundo exterior. La disciplina de palo, los crueles castigos por cualquier error destruían la personalidad humana e impedían el progreso. Esta política convirtió a Arakchéev en una de las figuras más odiosas de la historia rusa y su nombre hasta ahora se utiliza en Rusia como sinónimo de un político conservador, cruel y militarista.

La ideología oficial se retorna a la imagen tradicional de Rusia como un bastión del cristianismo. El absolutismo opuso los dogmas religiosos a las ideas de la Revolución Francesa, tratando de identificar a Napoleón en la conciencia popular con el anticristo y atribuir su derrota a la intervención de las fuerzas divinas. La iglesia oficial otorgó a Alejandro I el título de “bendito”; después de 1815, el emperador y casi toda la sociedad rusa quedaron sumidos en el misticismo religioso, la apatía y el estancamiento.

El resultado de esta política reaccionista fue una profunda ruptura entre el Estado y la sociedad. Los partidarios apasionados de la modernización y la democratización, en su mayoría jóvenes oficiales, pierden la esperanza en la posibilidad de reformas pacíficas y buscan la oportunidad de acabar con el absolutismo por medio de la lucha armada, es así como nace el primer movimiento organizado revolucionario ruso, el decembrismo, – denominado así por su episodio culminante – la rebelión armada en diciembre de 1825.

¿Quiénes eran los decembristas? En su mayoría pertenecían a la nobleza liberal con sus ideales de libertad personal, democracia y libertades civiles, participaron en la guerra contra Napoleón y eran bastante jóvenes – su edad promedio no superaba los 32 años. “Todos éramos hijos del año 1812 – decía uno de los líderes del movimiento, Matvey Muraviev-Apóstol –, capaces de sacrificar todo, incluso la misma vida por amor a la patria. Lo que vimos en Rusia después de regresar de las campañas europeas –pobreza extrema y la esclavitud del pueblo vencedor– humilló y ofendió profundamente nuestros sentimientos patrióticos”.⁹

Las primeras sociedades clandestinas surgieron en 1814-1815 (Unión de los Caballeros Rusos, Artel Sagrado, etc.); eran aún movimientos aislados, pero todos sus miembros coincidían en la opinión que la sociedad rusa ya no podía seguir conformándose con el absolutismo y la servidumbre. En febrero de 1816, en San Petersburgo nació una sociedad más centralizada llamada “La Unión de la Salvación”, pero la ausencia de una táctica común y la disparidad de opiniones causaron su rápida liquidación. Otra sociedad clandestina, surgida en 1818 que se llamó “la Unión de la Prosperidad”, inicialmente confiaba en las reformas pacíficas pero con el crecimiento de la ira del pueblo y del movimiento revolucionario en Europa Occidental, en la Unión predominaron los partidarios de una confrontación abierta con el

⁹ Zuev, M.N. Op. cit. p.219.

absolutismo. En enero de 1821 la Unión fue reorganizada, lo que garantizó la eliminación de algunos miembros titubeantes y fue dividida en la Sociedad Meridional de Ucrania y La Sociedad Septentrional de San Petersburgo.

El líder de la Sociedad Meridional Pável Péstel (1793-1826) era un hombre talentoso, altamente educado y un partidario ferviente del régimen republicano. Fue el autor principal de “la verdad rusa” –el programa básico de la Sociedad Meridional. Dicho movimiento determinaba el derrocamiento de la monarquía y el establecimiento de la dictadura de un gobierno provisional durante un período de 10 años, durante el cual el gobierno debería realizar las siguientes reformas: liquidar la servidumbre de gleba, garantizar a los campesinos liberados la entrega gratuita de tierras, proclamar la igualdad de todos los grupos sociales ante la ley y preparar la base para unas elecciones democráticas. Después de las elecciones toda la plenitud del poder legislativo pasaría a manos de la Veche Popular y el poder ejecutivo –a la Duma Potente, una especie de parlamento conformado por 5 miembros.

El proyecto de la nueva Constitución, propuesto por Nikita Muraviev, uno de los dirigentes de la Sociedad Septentrional, era más moderado, ya que se proponía establecer en Rusia una monarquía constitucional; de tal forma el emperador conservaría en sus manos el poder ejecutivo, pero el poder supremo pertenecería a la Veche Popular. El programa también incluía puntos dedicados al problema nacional que tenían una gran importancia ya que en el territorio Ruso habitaban numerosas nacionalidades y grupos étnicos, desdeñosamente llamados “alienígenas” y privados de sus derechos elementales. La constitución de Muraviev abolía todas las formas de opresión nacional y transformaban a Rusia en una federación de 15 “potencias autónomas”.

Sin embargo, con el tiempo en la Sociedad Septentrional creció la influencia de elementos más radicales, encabezados por el poeta Kondrati Ryléev (1795-1826), autor de brillantes versos satíricos dirigidos contra el oscurantismo de la élite gobernante, era un republicano convencido. “¿Hasta cuando el pueblo ruso será el siervo de los intrusos?” - así comienza uno de sus poemas que con el tiempo se convirtió en una canción popular.

Durante 1824-1825 ambas sociedades desarrollaron una intensa actividad, coordinando sus plataformas políticas y preparando la insurrección armada. El golpe de estado se planeaba para el verano de 1826, pero la

muerte inesperada de Alejandro I en noviembre de 1825 y la gran confusión que se presentó en la sucesión del trono aceleraron los acontecimientos. Oficialmente la corona debía pasar a Constantino, el segundo hijo de Pablo I, pero el mismo Constantino jamás aspiró a heredar el trono y con frecuencia repetía: "No quiero que algún día me estrangulen como a mi padre". En estas circunstancias, Alejandro I cambió su testamento político a favor de su otro hermano – Nicolás, pero nunca lo promulgó y lo guardó en secreto hasta del mismo Nicolás. Este Manifiesto Secreto se encontraba en la Catedral de la Asunción en el Kremlin y sólo un círculo reducido de allegados de Alejandro I conocía su contenido, lo que obstaculizó la situación en diciembre de 1825.

Después de la muerte de Alejandro I, las tropas, cuyos dirigentes no sabían nada respecto al nombramiento de Nicolás, juraron fidelidad a Constantino que en aquel momento se encontraba en Varsovia y no pudo promulgar su abdicación a tiempo. Rusia vivió un corto período de interregno, porque el juramento al nuevo emperador Nicolás I fue fijado para el 14 de Diciembre de 1825. Aprovechándose de la crisis gubernamental, los decembristas ocuparon con sus tropas la Plaza del Senado de San Petersburgo con el fin de impedir el juramento a Nicolás I y promulgar su propio documento titulado "Al pueblo ruso", el cual declaraba las libertades políticas, los derechos civiles y liquidaba la servidumbre. Pero la insurrección no fue bien preparada y el Senado y la mayor parte de la guarnición de San Petersburgo estuvieron al lado del absolutismo. Las tropas revolucionarias fueron dispersadas por la artillería.

El juicio sobre los decembristas cobró fama a escala nacional. La investigación fue dirigida por el mismo Nicolás I, quien en sumo grado mostró sus talentos de gendarme. Los principales líderes decembristas fueron ejecutados, más de cien soldados y oficiales condenados a trabajos forzados en Siberia ó enviados a la guerra del Cáucaso a combatir contra los montañeses rebeldes. El país se sumergió en la oscuridad de la reacción.

¿Qué huella dejó el decembrismo en la sociedad rusa?. En términos generales, era una parte integrante de aquel proceso revolucionario que abarcó casi todos los países europeos en los años 20 del siglo XIX. Según Kliucheski, "son importantes no como una sociedad clandestina, sino como

el síntoma de una nueva moral social que dejó al descubierto vicios de una realidad social que ni siquiera habíamos sospechado”¹⁰. Fue el primer movimiento revolucionario ruso que descubrió en el absolutismo la fuente de todos los problemas sociales. Los decembristas tenían cierto chance de acelerar el desarrollo del país por el camino hacia la democratización, pero su derrota por el contrario fortaleció el absolutismo en su lucha contra las corrientes liberales, lo que provocó una verdadera tragedia nacional. El punto más débil del decembrismo fue su aislamiento profundo de las masas populares; en la conciencia de la mayoría del campesinado, los decembristas eran nada más que unos “rebeldes malvados que atentaron contra el orden divino” y merecieron un castigo severo. El pueblo ruso aún no se atrevía a utilizar métodos revolucionarios y seguía confiando en un piadoso “zar padrecito” que tarde o temprano liberaría a sus hijos de la servidumbre, pero sus sueños nunca se hicieron realidad.

“La revolución está a las puertas de Rusia, pero juro que jamás penetrará en mi país mientras que esté vivo” – así determinó su programa el nuevo emperador Nicolás I¹¹. De tal forma empezó una nueva etapa en la historia de Rusia –treinta años del reinado de Nicolás I, tristemente conocido como el “zar gendarme” quién llevó el país a la cúspide del oscurantismo y la reacción.–

¹⁰ Kliuchevski, V.O. *Curso de Historia Rusa*. Moscú, 1989, p.428.

¹¹ Pólak, G.B., Márkova, A.N. *Rusia en el siglo XIX*. Moscú, 1997. P.335.



Comunidad gitana de Girón, foto de principios de siglo. CDIHR.